

Cuán profundas, falaces y qué raras
De encantador azul! ¡ Aguas dormidas,
Cuan venenosas sois! Hallaron muerte
A millares en vos almas y vidas.
Las hermosuras, que la tierra ofrece
Y se pueden amar por breves días,
No son término al alma, que apetece
Santo raudal de eternas alegrías;
Ni el blanco del amor: son formas bellas,
Que van desapareciendo una por una,
Así cual desaparecen las estrellas
Y la cambiante luna,
Cuando la luz del sol viene tras ellas.

Y ese sol llegará; yo espero el día,
En que de nubes y de error desnudo
Dios resplandezca para el alma mía.
Esa esperanza como firme escudo
Me defiende de erótica dolencia,
Y el corazón refreno hasta que llegue
El alto día, en que á beber se pegue
De la hermosura á la infinita esencia.

Entónces sabré amar; y de olorosas
Y no caducas celestiales rosas
Me adornaré la sien. Sí, caro amigo,
Y aquel mirar la esencia soberana,
Si á Dios hace feliz ¡ qué hará conmigo?
¡ Oh! juntos beberemos
Las fuentes del amor, que dulce mana,
Y en éxtasi sin fin nos dormiremos.

Y ¡ en tanto, mi Infidel! ¡ No te alecciona
La horrible oruga, que á la luz se niega
En la cárcel, que labra, y dormilona
Se sacrifica en tanto que la llega
Del tibio Abril el perfumado aliento,

En que ya libre con amor despliega
Sus alas de oro y de zafir al viento?
Pues abandona el trato, que avasalla,
Labra el capullo, vuelve á tu clausura,
Mientras que cesa la infernal batalla,
Que en el mundo provoca la hermosura.
No dejes que me arranque estos acentos
El verte entre la turba de amadores,
Que flagela Cupido, y macilentos
Van regando con lágrimas, á cientos,
Sus cadenas de abrojos y de flores.

Julio de 1854.

A JOSEFINA.

.....Why would'st thou be a breeder
of sinners?
Shakspeare.—Hamlet

Crecida estás ¡ por Dios! No hace dos años
Que en el jardín cazabas mariposas,
Mientras que yo cazaba desengaños
Del mundo en el jardín, buscando rosas.
Y van diez primaveras olorosas
Desde que niña te arrullé en mis brazos,
Arreglando á tu faz de rosa leve,
Porque no te dañasen con su nieve
De tu ropón las ondas y los lazos.
Y ¡ cuán mudada estás! En tí ya encuentro
La niña que á girones se deshace

Cual broche de capullo, porque nace
 La larva de mujer, que estaba dentro.
 Ya en tus ojos se oculta ó se deshace
 Aquel franco mirar, con que los niños
 Están eternamente preguntando
 O pidiendo juguetes y cariños,
 Sin hablar, ni pedir, sólo mirando,
 El mirar, en que el alma se leía
 Cual se puede leer un libro abierto.
 Ya enlutada y sagaz melancolía
 En tus ojos negrísimo advierto,
 Que se extiende, tu espíritu velando
 Y en ellos sus dominios ensanchando.

Ya la hora sonó, la triste hora,
 En que el ángel acaba y en que empieza
 La mujer, en verdad arrobadora,
 En que ganan la forma y gentileza
 Lo que pierden la dicha y la pureza
 De la santa niñez, que mi alma llora.

¿No ves que ya tu forma
 Se va robusteciendo y va llenando
 La curva fiel, que la belleza norma;
 Y á pasos gigantescos va tomando
 Aquella turgescencia de crisálida,
 Que está para trocarse en mariposa;
 Y en ese cambio tu mejilla pálida
 Acrece su jazmín, mengua su rosa?
 Al verte en esa edad, si casi pienso
 Que de un momento á otro con mil galas
 Para volar por el espacio inmenso,
 Niña gentil, te han de brotar las alas.

Pero, no, no lo quieras ni lo esperes,
 Que causan mil enojos
 Y no suelen servir sino de abrojos

Las alas á vosotras las mujeres.
 Por eso la humedad llena mis ojos
 Al ver como creciste, pues ¿qué quieres?
 Yo soy extravagante y me lamento
 De eso que á otros hincha de contento.

.....
 Es en vano que digas que no es cierto,
 Si el rubor, que al decirlo te colora,
 Desmiente de tus labios el aserto,
 Porque es indiscretísima habladora
 La púrpura de un rostro á los quince años.
 En esto no hay engaños:
 Si todo me lo dice: si ya sabes
 La cabeza agitar con gracia nueva
 (Como agitan el cuello ciertas aves)
 Para arreglar los bucles en tu espalda:
 Si riñes, hija mia,
 Por alargar un palmo cada día
 Tu ya crecida y bulliciosa falda.

Pues, mira, Josefina, me contaron
 Una triste leyenda ciertas rosas,
 Que allá en el Paraíso se encontraron,
 Y á esta tierra después las trasplantaron,
 Con quienes tengo pláticas sabrosas;
 Dicen que Eva, tu madre, en aquel día,
 Que la virtud cambió por la manzana,
 Sintió tanta vergüenza que quería
 Toda esconderse en la verdura umbría
 De aquel huerto, en que fuera soberana.
 Y tal se avergonzó toda la vida
 De su culpa letal, que siempre quiso,
 Aun salida del patrio Paraíso,
 Vivir entre las ropas escondida.

Y por eso tu instinto ya reclama,

Al salir de la loca adolescencia,
Que la sonante fimbria el suelo lama,
Porque arde ya en vosotras por herencia
De la vergüenza la terrible llama.

Has llegado á la edad de las pasiones
Y empieza para tí la triste lucha,
Que empeña á los humanos corazones;
Y necesitas fortaleza mucha,
Pues de improviso sentirás moverse
Dentro á tí misma un nido de escorpiones,
Pugnando á destrozarte y extenderse;
Escorpiones del mal, que tú inexperta,
Sensible y delicada,
Por caricias dulcísimas mimada,
No imaginas tener dentro á tu seno,
Sin saber que, en el crimen concebida,
Heredaste una ampolla de veneno,
Que al llegar á esta edad hierve encendida.

Eres en fin la cándida azucena,
Que en su cáliz guardó sólo rocío,
De oro, de néctar y de aroma llena,
Y albergas ahora, al parecer serena,
El áspid fiero, venenoso y frío.
Y es muy triste en verdad que un sér tan puro,
Tan débil, tan hermoso
Tenga que entrar en el abismo oscuro,
Donde tanto se lucha sin reposo.....
Esa transformación, en que reparo,
Ese paso, que díste á la hermosura,
¡Pobre mujer! lo pagarás muy caro.
Ya tu cuerpo, hasta aquí cuerpo de niño,
Débil, fino y sutil como el armiño,
Fué lecho candoroso
Prestado á tu reposo,

En que tranquilo tu ánimo dormía
Sueño feliz de la niñez ligera
Sin pesadillas hórridas ni malas,
Como dormir pudiera
Un Serafín entre sus muchas alas.

Y de hoy en más en tu agitado pecho
Ese corazoncito, no avesado
Sino á amar candoroso y satisfecho,
Tendrá que sostenerse denodado
Y por mil huracanes agitado,
Y muchas veces, afectando calma,
En la lucha interior, que nos oprime.
Tú llorarás las lágrimas del alma
Cuando los labios rien y el pecho gime.

Y no podrá ayudarte á la victoria
Ni tu madre siquiera; muchas veces
No podrás, desterrada de la gloria,
Ni decirle la guerra que padeces,
Que avergüenza aunque fuere rechazada
Del pecado fatídica la ola:
Y así tú, acostumbrada
A ir á toda parte acompañada,
A esa batalla irás sola, muy sola.

Mas ¿como tú la hermosa y delicada
Haz de sufrir las fieras tentaciones.
Si el sentir las parece que degrada?
Y ¿si caes, si van los aquilones
Arrastrando por valle, monte y peña
Y enlodando y haciéndola girones
A mi paloma cándida y zahareña?
Eso no es para tí, no, no, ¡imposible!
Que no se hizo el cieno para el nardo
Y... sin embargo cae al fango horrible.
¡Nunca hubieras nacido, sér gallardo!

Chocaban descuajados los pilares,
 Subía el polvo, heridos retemblaban
 Cedros y encinas, cátedras y altares.
 Nuevas gentes los ámbitos llenaban
 Indignas de habitar aquel palacio,
 Que de cieno los bárbaros manchaban.
 A la debilidad faltóla espacio
 Para abrigar catervas desleales.
 Y yo quedé con ánimo rehacio,
 Atado á los escombros colosales
 En horribles angustias, encubriendo
 Los moldes de mis viejos ideales.
 Todo, Señor, lo presencié, gimiendo,
 Sin poder y sin voz, no se me oía;
 Y el mar anegador iba creciendo.
 Tuvo la vanidad su apología,
 El pecado disculpa, la ignorancia
 Verde laurel y palmas la falsía.
 Los vencedores llenos de arrogancia
 Con muy digno valor, nos insultaron,
 Y comieron el pan de la abundancia.
 De ruina el estruendo sofocaron
 Con el son de la cítara febea,
 Que uno pulsó, los otros alabaron.
 Sólo un consuelo mi ánimo recrea:
 Que á su poder mis labios no temblaron
 Ni sirviendo á lisonja, que granjea,
 Fingir supieron, ni jamás callaron.

II

Si, yo con entereza de cristiano
 De mi noble Honradez no he torcido

En cadena servil la libre mano.
 Mas... ¡qué celeste aroma he percibido!
 De alas rumor, que trae el manso viento.
 Me parece escuchar, dulce al oído.
 Algo sube del mar, que mi tormento
 Con hechizo benéfico apacigua,
 Y mis llagas orea con su aliento.
 Te reconozco, bienhechora antigua,
 Oh pléyade de nobles Esperanzas.
 Subid, subid, mi pena se amortigua.
 Revive, corazón, de nuevo alcanzas
 El día que soñaste tantos años;
 Ya nos perdona el Dios de las venganzas.
 Huyeron en parvada los extraños,
 La casa de mi amor reconstruiremos.
 Y, al remediar los pavorosos daños,
 La gloria del Señor ensalzaremos.

Junio de 1805.

 AL R. P. D. JOSÉ SOLER.

Un átomo de polvo, que rodando
 Ha traído el azar desde occidente,
 Nada vale sin viento, en que flotando,
 Con un rayo de sol por suerte dando,
 Brisa de oro se torne de repente.
 Y ese grano de polvo eternamente
 Al sol le deberá sus brillos de oro,
 Al aire su feliz encubramiento:

Pues bien, yo soy el átomo incoloro,
 Vos el rayo de sol y vos el viento.
 Trece años ha que pobre y forastero
 A las aulas yo vine, confundido
 En la turba escolar del *Semillero*,
 Que por vos era entonces dirigido.
 Vos creísteis haber reconocido
 De una veta feliz en mí los trazos;
 Del suelo con amor me levantasteis;
 Firme sostén me dieron vuestros brazos,
 Y en vuestra rica luz me iluminasteis.
 Del sol de caridad ráfaga para
 La vuestra caridad me protegía.
 De inmensa erudición vena segura
 En vos hallé, talento que fulgura
 Con todos generoso, como el día.
 Y nunca olvidaré que mi valía,
 Grande ó pequeña, á vos la he debido,
 Y seréis para el polvo agradecido,
 Mientras dure la vida voladora,
 El viento en donde flota enaltecido
 Y las hebras de sol en que se dora.

IN MEMORIAM.

I

LA ÚLTIMA NOCHE.

No la puedo olvidar, con negra tinta
 Está en mi pobre corazón *tatuada*,

Noche terrible del color que pinta
 Con su tiniebla singular la nada.
 La noche fué del jubiloso día,
 En que á Jesús resucitado adora
 Su esposa virginal, la Madre mía.
 Comenzó á anochecer; qué triste hora!
 El médico en hablar parco y severo
 Formuló su pronóstico, que mi alma
 En angustias hundía: yo ligero
 Corrí las calles, afectando calma,
 Y llamé al confesor. Ella al mirarle
 Tembló, sintiendo el horroroso vaho
 Del reino inexcrutable de la muerte,
 Así cual tiembla la combada nao,
 Cuando en brazos del mar ponen su suerte.
 La niña estuvo en la alcobita mustia
 Con el hombre de Dios cuchicheando,
 Yo bajo el peso de una cruz de angustia,
 Y mi madre á la puerta sollozando.
 Y partió el sacerdote. El aposento,
 De Dios guardando huellas en el viento,
 Quedó sumido en hórrida tristeza.
 En frente de la *Mater Dolorosa*,
 Tesoro de mi madre, con pereza
 Parpadeaba lenta y fatigosa
 La lámpara ruín, cuyos fulgores,
 Luchando con la sombra, parecían
 Las breves esperanzas y temores
 Crecientes, que en mi pecho combatían.
 En su lecho la niña se agitaba.
 [Inquietud invencible la acosaba]
 Buscando con afán espacio y viento.
 A veces la infeliz se enderezaba,
 Al cuello de mi madre se abrazaba,

Walkiria, de los cielos desterrada
 Y en mujer de improviso transformada,
 A quien ofrece el engañoso mundo
 Seductor y mirrado
 Del goce y el pecado
 En taza ambárea su brebaje inmundo,
 ¿Quién te arrojó de allá de las alturas,
 Donde las cosas puras
 Viven en paz inmarecible día?
 Mejor en esta edad remonta el vuelo,
 Como la inolvidable hermana mía,
 Y vé á las puertas á llamar del cielo.
 Pero no, cumple ahora tu destino,
 Hija de Eva, á luchar, luchar llorando
 Hasta reconquistar el bien divino.
 Una madre te ampara, derramando
 Sobre tí el corazón, que bienes mana,
 Es tu madre, la Virgen soberana.
 Amala mucho y búscala constante,
 Que, mirándote huérfana en el mundo
 Y en guerra con lo malo y con lo inmundo,
 Te la dejó Jesús agonizante.
 Ella te salvará, porque es la pura,
 La dulce, la amorosa que encamina,
 La fortaleza intrépida y segura.
 Los juguetes pueriles, Josefina,
 Ya suspende en la puerta de la infancia,
 Cuyo dintel dejaste ya desierto,
 Abandonando su risueña estancia.
 Está el camino ante tus pies abierto;
 Y, tomando la cruz de tu materia,
 De tu materia hermosa y maldecida,
 En Dios engrandeciendo tu miseria,
 Combate hasta vencer, toda la vida.

SUB UMBRA.

Mi corazón es un lacrimatorio
 De guardar tantas lágrimas gastado,
 No es mucho que ya viejo y horadado
 Deje salir su líquido expiatorio.
 Mi corazón es árbol, en que asoma
 Del tronco por el fuego consumido,
 En gotas cien la calcinada goma;
 Y es un enigma mi fatal gemido.
 Señor, si á tu heredad gentes vinieron
 Y á la dulce Salem, que fabricaste,
 A custodiar sus huertos la pusieron;
 Ya sé que por castigo las mandaste.
 Lo merecimos. Nunca los rencores
 En mi espíritu caben, que lo mismo
 Se corona de espinas que de flores.
 Y por eso relato en el abismo
 De gran misterio la fatal historia,
 Y la cuento, Señor, para tu gloria.

I

Yo ví, yo ví, segundo Prometeo
 Al abismo rodar la dinastía,
 Que fué mi amor y ahora mi deseo.
 Oí el estruendo, que al caer hacía
 La institución de bases seculares,
 Que fuera mi mentor, mi madre un día.

Doblando su piedad y su tormento;
 Los muebles de la estancia recorría
 Con mirada fatal. Su dulce acento
 Más infantil á cada vez se hacía,
 Y de lívidos cercos rodeados
 Sus ojos más y más se dilataban,
 Y con brillos y luz inusitados
 Melancólicamente rutilaban,
 Así cual los luceros resplandecen
 En la noche estival con luz violenta
 Y semejan que crecen y decrecen
 Cuando ya se avecina la tormenta.
 Eran siglos de siglos; ay! las horas
 De esa noche sin fin; y mi alma avara
 De luz, de luz, con ansias roedoras,
 Detestaba esa noche, imagen clara
 De la terrible eternidad, que impía
 Vuelta á mi hogar sus fauces entre abría,
 ¡Donde estabas, oh luz del claro día
 Que me dejaste estar saboreando
 Sorbo á sorbo las hieles de la tumba,
 Cuyas heces se van más alejando
 Mientras más bebe el infeliz? Rezumba
 Todavía reciente en mis oídos
 Aquel rumor fantástico, que entonces
 Como tañido de lejanos bronce
 Trastornaba los miseros sentidos.
 Y... perdona, lector, que la enpezada
 Torba elegía terminar no pueda.
 ¡Imposible! la estatua inacabada
 De mi dolor recibe como queda.
 Una y cien veces remojé la pluma
 ¡Ay en mi corazón y, estremeciéndome,
 Como al probar el naufrago la espuma

Del mar que le amenaza, arrepintiéndome,
 Cayó mi mano desvalida, inerte
 Sobre el papel al peso de la muerte.

II

EL PRIMER VIATICO

Fué la primera vez esa mañana
 Que á mi Señor llevé junto á mi pecho
 De un moribundo al doloroso lecho;
 Y la que iba á partir era mi hermana.
 Lo pongo en el altar, que olores mana,
 Todo de prendas muy queridas hecho;
 Y recibo, ya en lágrimas deshecho,
 Las confesiones de su fé cristiana.
 Calló su voz que dulce respondía,
 Y en su semblante de ángel resignado
 La luz de la esperanza sonreía.
 Y la dí el Cuerpo del Señor, (que alado
 La acompañase por la eterna vía)
 Con gotas de mis ojos empapado.

III

MORTA! (1)

Tinto il volto gentil d'un bell pallore,
 Côme giglio falciato, in pura vesta

(1) Perdónese á mi dolor haber escrito esta piezcilla en el idioma de mi padre, que fué también en cierto modo el de mi hermana.

Y turbó los donaires
De mi canción amada:
Y boga mi alma, cariñoso amigo,
Llevando en su barquilla al Enemigo.

Señor, desde el asiento
El corazón ya traigo removido
De luchas y el aliento
Me falta; y ya rendido
Y casi del turbión arrebatado
¡Ay! iré por abismos derrocado.
¡Vuelva mi quieto estado!
Y beberé las Caballinas linfas,
Y junto recostado
La cueva de las Ninfas
En doctos modos moveré la grata
Ebúrnea lira, que pesares mata.

Mas no. ¡Cielo sañado
Contra mí se levante y enfurezca!
Y en el combate rudo
Mi pecho robustezca;
Que si no es la India lanza retostada,
Como frágil bambú será doblada.

Julio de 1885.

LA PRIMERA COMUNION.

(A MIS HIJAS EN CRISTO
LAS NIÑAS OCTAVIA Y OTILIA MAYOR DE PARRA.)

Por fin esta mañana con paternal empeño
Os di á comer, mis hijas, el Cuerpo del Señor;
Y El dócil y sumiso con amoroso sueño,
Ya véis, dejó llevarse de vuestro dulce amor.

Yo supe que El decía, cuando en la tierra estuvo:
“Dejadme, que los niños se lleguen hasta mí.”
Y que en el mundo torpe su encanto en ellos tuvo
Porque eran inccentes: lo supe y os lo di.

Tenéis en vuestras almas su espléndido tesoro,
Maná de los viajeros, del corazón imán;
Si obedecéis su impulso, evitaréis el lloro
Y locas inquietudes, que las pasiones dan.

Y correrá la vida cual plácido arroyuelo,
Que, en su cristal copiando riente y bullidor
La pompa de su margen con el azul del cielo,
Conduce arenas de oro y cálices de flor.

Y cuando llegue el día de sombras y pasiones,
Que trae en su cortejo la dulce juventud,
Será Jesús el iris de aquellos nubarrones,
Que pronostique luces y calma á la virtud.

Mas... ¡ay! ¡qué no advertísteis que trémulo sollozo
Me sofacaba entonces al frente del altar,
Y en lágr mas disuelto del corazón un trozo
Brillante en mis pestañas pugné por ocultar?

¡Ay! fué que recordaba la comunión primera
De otra infeliz criatura y objeto de mi amor,
De quien yo sólo guardo ya en la urna lastimera
De mi alma y de mi pecho memorias de dolor.

Mi hermana fué: yo mismo la hablé del pan angélico
Con todo el entusiasmo de mi cristiana fé,
Y abierta su alma dócil al germen evangélico
Como esponjosa tierra del nuevo Abril, hallé.

Mas no de blanca seda, ni de crespón airoso,
Así como vosotras, se pudo engalanar,}
Pues era pobrecilla; y el cielo bondadoso
Negó á su sien los hilos de cándido azahar.

Ni las maternas joyas formáronla su arreo,
Ni la candela pura sus pasos alumbró;

Y ¡qué virtud, qué méritos, qué gloria
Tengo para subir la gradería,
Que al ara lleva, Dios del alma mía,
Do se inflama tu amor?

Los hechos sabes de mi pobre historia
Y miras como tiemblo y me acobardo;
Sólo un secreto, que en mi pecho guardo,
Me alentará, Señor.

Resto quizá de mi nativo orgullo
El recuerdo será, de que me ufano:
Que las palabras de un amor profano
Jamás articalé.

Largas promesas, ni amoroso arrullo
Mis labios nunca modular supieron;
Ni oídos de mujer mi voz oyeron
Que les jurara fé.

Ni hay quien pueda decir en este mundo:
"Ese, que trae á Dios, me ha adorado,
Y los labios, que ahora han consagrado,
Me endiosaban á mí,"

Si no es así, Señor, mi labio inmundo
Enmudezca tu látigo de fuego,
Cuando á decir sobre la hostia llego
Las palabras de Tí.

Llenan el aire arpegios vacilantes
Como la débil oración del niño,
Y una nube de púrpura y armiño
Del perfume oriental.

Tienden los cirios llamas ondulantes.
Semejando de Dios el suave aliento,
Besa y conmueve el invisible viento
Las hojas del Misal.

¡Vamos! Llegó la hora sobrehumana.
Sobrecogido de temor me acerco;

Y me parece que de luz un cerco
Me empieza á rodear.
Y me envuelve una niebla soberana,
De los misterios celestial cortina;
Y sólo sabe la Piedad divina
Lo que fué en el altar.

10 de Noviembre de 1890

A UN AMIGO.

Sentí tranquilo el pecho
Al calor de las alas maternas
De la Virtud; derecho
Puse el timón, iguales
Al ver las ondas, puse en Dios la mira
Y de mis hombros descolgué mi lira.

Y en el divertimento,
Del arte sacro me olvidé, Marchena,
La ira del manso viento,
Al ver la vela llena
De zéfiros, y en gráciles canciones
Desconocí la mar de las pasiones.

Pero el Señor acaso
Previó que de mi paz en el bien puro,
Lejos de agudo paso,
Perdería inseguro
Mi pecho ardiente su valor, ganado
Cuando yo padecí, cuando he luchado.
Y así soltó los aires,
De la caverna, para mí cerrada,

Gia par che dorme, la virginea testa
 Dall velo cinta é dallo bianco fiore
 Della morte n'insegna il freddo orrore
 Lo caro spoglio di fanciulla questa;
 Ma dipinto nell corpo ancora resta
 L'último affetto, che moveba il core.
 Amor di Dio, nobil speranza
 Il cor cercaban'alla morte fisso;
 Veni Dio per finir la malenanza;
 Vellé l'spirto, li bacció con risso,
 E alla materia póvera abastanza,
 Cosí l'orma lasció del suo sorriso.

IV

LACHRYMAE RERUM.

Guardo en mis arcas un reloj de arena,
 Roto de sus ampollas cristalinas,
 Y dentro de él las hojas opalinas
 De un ramo de azahar, que el polvo llena.
 Aquel paró cuando espiraste apena,
 Este fué de tus sienas blanquecinas
 Adorno cuando muerta, ambos ruinas
 De lo que fué tu juventud serena.
 Y me dice el reloj, en que cesaron
 De caer las arenas bulliciosas,
 "Las horas de su vida se acabaron."
 Dice la flor: "Sus gracias candorosas
 Con polvo de la tumba se nublaron"
 ¡Tienen también sus lágrimas las cosas!

V

AL VESPERO.

Cuando tu dulce resplandor destella,
 Cual lágrima de Dios, en occidente,
 Luz de la tarde, con quien vanamente
 Osara competir ninguna estrella;
 Triste recuerdo que mi hermana bella
 Al mirarte, cantaba dulcemente
 De Bióu de Esmirna el himno reverente,
 Que te saluda, grato como élla.
 ¡Ay! y recuerdo que la vida suya
 Se perdió en el ocaso, así tranquila
 Como te pierdes tú; deja que huya.
 Mientras mi herido corazón vacila,
 De mis párpados, pues, hermana tuya
 Una gota de llanto, que cintila.

ANTES DE MI PRIMERA MISA.

Esta es la hora tanto deseada,
 De la Virgen de Asís el templo santo
 Irradia lleno de festivo encanto;
 Y me espera su altar
 Creyente multitud arrodillada,
 Del nuevo sacerdote el sacrificio
 Aguarda; y por celeste beneficio
 Voy á sacrificar.

Mas de percal sonante con esmerado aseo
Y manos cariñosas mi madre la vistió.

Fué su única guirnalda de su alma la pureza,
Su amor á Jesucristo fué su único joyel,
Su clara fé la antorcha, que el cielo la adereza,
Y su ropaje espléndido su confianza en él.

Yo al templo la conduje. ¡Qué limpia la mañana
Nos enviaba soplos de aroma y de frescor!
Y con acento noble decía la campana:
"Venid al generoso banquete del amor."

La hablé por el camino de los cuantiosos dones,
Que da Jesús. pintéla su gracia sin igual,
Que cual torrente sabe regar los corazones
Con orbes luminosos de líquido inmortal.

Y ví que sonreía con júbilo divino,
Su vista dilatando por la extensión azul;
Y Dios la prearaba tan singular camino
Como la *via-láctea* de vaporoso tul.

La ví después humilde, las manos junto al pecho
Con lágrimas los ojos, la Forma recibir.
Y dije: "Amor divino, ¡por Dios! ¡por Dios! ¿que has
¡Podrá tan débil niña tu fuego resistir?" (hecho?)

Entonces quizás ella, sin que á entender acierte,
La voz de Cristo escucha, que la decía: "Ven"
Y pronto, confiándose del barco de la Muerte,
Acude al llamamiento de su amoroso Bien.

Y...basta de memorias, cuya amargura siento...
En vuestros nobles pechos á mi Jesús guardad
¡Adios, adios! palomas, que de la vida el viento
Se ofrece á vuestras alas, espléndido: volad.

Mas guardaos incautas, que acechan los halcones,
En el sereno espacio buscando al derredor
A las palomas tiernas robar los corazones.
Huid, huid al seno del soberano Amor.

MI ORDENACION SACERDOTAL

Las seis antorchas candidas destellan su luz pura,
De Cristo muerto yérguese la pálida escultura,
Y cerca ya el pontífice me espera en el altar.
Y yo me acerco trémulo, sin levantar los ojos,
Con ornamentos fúlgidos, y caigo ante él de hinojos,
Que va mis manos débiles excelso á consagrar.

Yo soy la paja misera caída en lo profundo.
Mas tú, Señor, levántame, y luego sobre el mundo
Un cetro potentísimo por tu bondad seré.
Sobre el rebelde Tártaro la espada y la victoria
Tú me darás benévolo; y á trueque de esa gloria
Tu cáliz amarguísimo, Señor, aceptaré.

"Sube mendigo, acércate. Dios esperando acecha."
Callados los Presbíteros extienden la derecha,
Y el infinito Espíritu en mí su sombra dá.
Jamás cruzando el árido camino de la vida
Un árbol para el ánima causada y decaída
Sombra tan fresca y plácida como ésa ofrecerá.

Sus manos el Pontífice coloca en mi cabeza
Y el soberano Espíritu descende y su grandeza
Con invisibles ósculos me sella el corazón.
Y sus tesoros íntimos Jesús ya me franquea,
Y me asocia á la pléyde, que lucha por su idea,
Y en cambio sólo exigeme humilde adoración.

Con el crisma aromático ya señaló mis palmas,
Que la sagrada Víctima tesoro de las almas,
Han de tomar, y en vínculos de amor las extendí.
Con ellas el pan ázimo sutil y candoroso
Y en el cáliz la púrpura del vino generoso,
Que en la sangre conviértese del Cristo, recibí.

El misterio terrífico se cumple en tu criatura;
 Y ya me causa vértigos el ver la inmensa altura,
 A donde el alma mísera sube por tí, Señor.
 ¡Yo sacerdote altísimo? Señor, Señor, no puedo
 Con tanta gloria. Ayúdame, que me anonada el cielo,
 La gratitud, el júbilo, la dicha y el amor.

24 de Septiembre de 1897

TRES PRENDAS Y TRES DESEOS.

Un cofrecillo guardo en mi estancia,
 Hecho de áloe, rico en fragancia,
 Y en el conservo las dulces prendas,
 Que en las fragosas y varias sendas,
 Por donde anduve lo que he vivido,
 Para recuerdos he recogido.

Guardo una cinta de blanco y rosa,
 Con que las manos me entretejieron,
 Una mañana, la más gloriosa,
 De sacerdote cuando me ungieron.

Guardo un pañuelo, de azul cifrado
 Por mano amiga, que le ha bordado
 Haz de myosotis y minutisa.
 Jamás le toco, porque he llorado
 En él después de mi primer Misa
 El mejor lloro y el más sagrado.

Tengo un legajo, do están dispersos
 De este mi libro los caros versos,
 Que son de mi alma la pura esencia,
 La flor más linda de mi existencia.

Y que me atasen ¡Ay! yo quisiera

Con esa cinta, cuando me muera,
 Mis manos yertas, las manos frías,
 Que á Dios *alzaron* todos los días.

Que me enjugasen con el pañuelo
 Mi última lágrima gota de hielo,
 Que de mis párpados se deslice
 Tarda y funesta, cuando agonice.

Y que me pongan sobre mi pecho
 Ese legajo semi-deshecho.
 Así á la sombra del alma mía,
 ¡Ay! mi cadáver descansaría.